

Celebramos 60 años de cara al centenario

Rafael Santos Calderón* |

* Exrector y miembro permanente del Consejo Superior de la Universidad Central.
Correo: rsantosc@ucentral.edu.co

La educación siempre ha sido, en esencia, un acto de esperanza. Una apuesta de las sociedades contra la incertidumbre. Una manera de imaginar el porvenir antes de que exista. Por eso la célebre afirmación del pedagogo brasileiro Paulo Freire conserva toda su vigencia: “La educación no cambia el mundo: cambia a las personas que van a cambiar el mundo”.

La historia, precisamente porque la escriben distintas generaciones y porque en ella desfilan innumerables protagonistas, rara vez tiene la última palabra. Su mayor virtud consiste en permitirnos mirar hacia atrás para comprender nuestros aciertos, reconocer nuestros errores y construir el futuro sobre lo aprendido. En el caso de una institución como la Universidad Central, la historia no es únicamente una sucesión de acontecimientos: es la memoria viva de una comunidad académica que durante seis décadas ha procurado mantenerse fiel a una vocación humanista, crítica y profundamente comprometida con el país.

Próxima a cumplir sus primeros sesenta años, la Universidad Central se prepara ahora para una nueva etapa de su trayectoria: avanzar con decisión hacia su primer centenario como una institución sólida, innovadora, sostenible y académicamente relevante. La historia ya escrita —con sus dificultades, aprendizajes y logros— da cuenta de una universidad seria, acreditada dos veces en alta calidad, comprometida con la formación de ciudadanos íntegros y profesionales competentes. Los casi 58 000 egresados, la mayoría de ellos provenientes de familias de escasos recursos económicos, han encontrado en sus aulas una oportunidad de transformación personal, movilidad social y construcción de futuro.

A lo largo de estas seis décadas, la Universidad Central ha sabido superar obstáculos que en distintos momentos parecían insalvables. Esa capacidad de adaptación explica buena parte de su permanencia. Pero quizás nunca como ahora las universidades habían enfrentado transformaciones tan aceleradas, profundas y desconcertantes como las que atraviesa hoy la humanidad.

El futuro dejó de ser una categoría distante. Irrumpió abruptamente en nuestras aulas, en nuestros hogares, en nuestras formas de aprender, de enseñar y de comprender el conocimiento. Y lo hizo impulsado por una revolución tecnológica que avanza con una velocidad que desafía incluso nuestra capacidad de asombro.

La inteligencia artificial, la automatización, la virtualidad inmersiva, el análisis masivo de datos y las nuevas economías digitales están redefiniendo no solamente las profesiones, sino también la idea misma de universidad. Como advierte Yuval Noah Harari, uno de los mayores desafíos del siglo XXI será la creciente irrelevancia de quienes no logren adaptarse a la velocidad del cambio tecnológico. La pregunta ya no es únicamente qué debemos enseñar, sino cómo formar seres humanos capaces de reinventarse varias veces a lo largo de su vida.

En medio de esta transformación vertiginosa, las instituciones de educación superior enfrentan una paradoja inquietante: deben preparar a sus estudiantes para profesiones que todavía no existen, utilizando tecnologías que cambian cada pocos meses, en un mundo cuyo horizonte resulta cada vez más impredecible. Lo que hoy es innovador, mañana es obsoleto.

La incertidumbre se ha convertido en la nueva normalidad de la educación superior.

Frente a ese escenario, muchas universidades permanecen atrapadas en modelos pedagógicos concebidos para otro siglo. Persisten estructuras rígidas, culturas organizacionales resistentes al cambio y formas tradicionales de enseñanza que avanzan con lentitud mientras el mundo exterior se mueve a velocidades exponenciales. Como señalaba Zygmunt Bauman, vivimos tiempos líquidos: nada permanece inmóvil demasiado tiempo, y toda certeza parece provisional.

La universidad contemporánea no puede limitarse a transmitir información, porque la información dejó de ser un bien escaso. Lo verdaderamente escaso es la capacidad de interpretar críticamente el conocimiento, discernir en medio del ruido digital y preservar una dimensión ética y humana frente al implacable avance de las máquinas.

Ese será, probablemente, el gran desafío de las próximas décadas: mantener el humanismo en el centro de la educación, en una época dominada por algoritmos.

La tecnología está transformando radicalmente la experiencia educativa. La inteligencia artificial comienza a redactar textos, resolver problemas complejos, programar *software*, producir imágenes y apoyar procesos científicos con niveles de eficiencia que hace pocos años parecían inimaginables. Los estudiantes llegan hoy a las aulas acompañados de herramientas tecnológicas capaces de responder en segundos lo que antes exigía largas horas de búsqueda y reflexión.

Pero precisamente allí emerge el desafío más profundo para las universidades: formar criterio en tiempos de automatización intelectual. Como advertía Edgar Morin, la educación del futuro tendrá que enseñar a navegar la complejidad, enfrentar la incertidumbre y comprender las múltiples conexiones entre ciencia, ética, cultura y sociedad. El problema no será el exceso de tecnología, sino la ausencia de pensamiento crítico para comprender sus consecuencias. El mundo reclama hoy un humanismo al que se someta la tecnología, y no lo contrario.

La Universidad Central ha entendido que innovar ya no es una opción secundaria, sino una condición indispensable para preservar su relevancia académica y garantizar su sostenibilidad institucional. La apuesta por fortalecer la educación virtual mediante alianzas estratégicas representa no solamente una oportunidad de expansión académica, sino también un paso decisivo hacia la consolidación financiera de la institución y hacia la construcción de nuevas formas de aprendizaje a lo largo de la vida.

La virtualidad, bien entendida, no debe asumirse como una renuncia a la experiencia universitaria tradicional, sino como una ampliación de sus posibilidades. La educación presencial seguirá

siendo fundamental en la construcción de comunidad académica, pensamiento crítico y experiencia humana compartida. Pero las nuevas realidades exigen modelos más flexibles, híbridos e innovadores que permitan responder a las necesidades de estudiantes que habitan un mundo radicalmente distinto al de hace apenas una década.

Las nuevas generaciones aprenden, consumen información y se relacionan con el conocimiento de maneras profundamente diferentes. Son más veloces, más visuales y auditivas, más fragmentarias y menos dispuestas a aceptar esquemas rígidos de enseñanza. Comprender qué las motiva, qué las emociona, cuáles son sus aspiraciones y cómo imaginan su futuro será determinante para cualquier universidad que aspire a sobrevivir en las próximas décadas. Las universidades que no entiendan a sus estudiantes terminarán hablando un lenguaje que nadie escucha.

Por eso será indispensable fortalecer nuevas metodologías pedagógicas, transformar las dinámicas de aprendizaje y repensar el papel mismo del profesor. Lejos de desaparecer, el docente adquirirá una relevancia aún mayor. Ya no será únicamente transmisor de contenidos, sino mentor intelectual, guía ético y creador insustituible de experiencias significativas de aprendizaje. Cuando la oferta de información es infinita, el verdadero valor reside en quien ayuda a comprenderla. Como afirmaba también Paulo Freire, “enseñar no es transferir conocimiento, sino crear las posibilidades para su producción”.

La transformación que exige este tiempo no será exclusivamente tecnológica. También demandará cambios profundos en la cultura organizacional de las universidades. Derribar estructuras aisladas, fortalecer el trabajo colaborativo, acelerar la toma de decisiones y construir propósitos institucionales compartidos será indispensable para enfrentar con éxito los desafíos del porvenir.

Nada de esto será fácil. Exigirá liderazgo, cuantiosas inversiones y la capacidad de abandonar prácticas que durante décadas parecieron inamovibles. Muchas universidades del mundo no sobrevivirán a esta transición histórica. Otras perderán relevancia lentamente. Algunas,

en cambio, lograrán reinventarse y ocupar un lugar central en la nueva arquitectura global del conocimiento.

La Universidad Central tiene ante sí ese desafío histórico.

Después de casi sesenta años de construcción institucional, la Universidad se encuentra frente a una nueva frontera: consolidarse como una institución innovadora, digital, sostenible y profundamente humana. No se trata únicamente de incorporar plataformas tecnológicas o ampliar la virtualidad. Se trata de imaginar una universidad distinta, capaz de combinar excelencia académica, sensibilidad social y capacidad de adaptación en medio de un entorno crecientemente incierto.

¿Cómo se verá la Universidad Central cuando se acerque a sus cien años? Nadie puede saberlo con certeza. Pero sí sabemos algo fundamental: las decisiones que tomemos hoy determinarán si esa universidad futura será apenas un recuerdo honorable del pasado o una institución viva, vigorosa y capaz de liderar las transformaciones de su tiempo.

No hay espacio para el inmovilismo ni para el pesimismo. “Pesimista —decía Oscar Wilde— es quien se queja del ruido cuando la oportunidad llama a la puerta”. Las universidades que sobrevivan no serán necesariamente las más grandes ni las más antiguas, sino aquellas capaces de comprender y aprovechar el cambio sin renunciar a su esencia humanista. Porque incluso en la era de la inteligencia artificial, en tiempos dominados por algoritmos y automatizaciones, el verdadero desafío de la universidad seguirá siendo profundamente humano: formar personas capaces de pensar, comprender y transformar el mundo. ○